Franz Sarg (1840-1920)

Memorias de la Alta Verapaz

Franz Sarg

I

En enero de 1867 había regresado yo a casa después de varios años de ausencia, en Argentina, cuando recibí la invitación de mi amigo y compañero de estudios Richardson, quien había llegado poco antes a la casa de sus padres en Edimburgo. Decidí visitarlo y me dirigí allí para intercambiar con él las últimas experiencias vividas desde nuestro último encuentro.

Como empleado de una compañía minera inglesa, cuyos yacimientos y planta metalúrgica se encontraban en *Alotepeque*, departamento de Zacapa, República de Guatemala, Richardson había tenido la oportunidad de conocer ese país y de formarse una opinión extraordinariamente favorable de su clima, sus habitantes, sus condiciones de vida y posibilidades de trabajo, por lo que se sintió inclinado a buscar allí un nuevo campo de acción. Este deseo estaba en perspectiva por medio de la oferta de un comerciante mayorista de la capital, Don Jorge Klée, quien ciertamente le pedía explorar unas minas de plomo ubicadas en los terrenos de su hacienda San Joaquín, cerca de San Cristóbal, en el Departamento de Verapaz, y de rendirle un dictamen sobre la capacidad de su rendimiento.

Si esto último resultaba favorable, después de levantar un plan de explotación se daría inicio a la empresa minera en gran escala bajo la dirección de Richardson o de un perito propuesto por él. Las condiciones que ofrecía Klée eran tan ventajosas que Richardson las habría aceptado sin más si no hubiera tenido la sensación que él, como profesional de la metalurgia, no estaba a la altura de realizar el trabajo de la parte minera. Entonces trató de ganarme para eso, pues era lo que correspondía a mi profesión. Me incliné a aceptar su oferta y después de una activa correspondencia con Klée, que se extendió por casi todo un año, decidimos viajar a Guatemala.

Mientras tanto había retornado a casa otro amigo, Alfred Schubart, quien después de una revolución se vio obligado a dejar su puesto de contador en la misma compañía donde trabajé, y al saber de nuestros planes, nos pidió poder unirse a nosotros. Así, entrado el otoño, emprendimos juntos el viaje vía Nueva York, y a fines del año 1868 llegamos a Belice, desde donde continuamos al entonces único puerto de ingreso a Guatemala sobre la costa del Atlántico, la pequeña población de Izabal.

Allí se habían establecido dos casas importadoras europeas de importancia, Bailey & Castillo y Cristóbal González. Sus jefes, un ciudadano de Estados Unidos, de nombre Potts y el Corregidor Degollado, casado con una estadounidense, conformaban el contingente de la población blanca. En la casa de los amigables súbditos ingleses George y William Bailey encontramos una cordial acogida, y ellos nos procuraron el medio de transporte para continuar el viaje por la laguna[1] y el río Polochic hasta Panzós en un bongo, o sea una canoa grande con un toldo de palmera para protegernos del sol. El viaje por el río duró tres días, y lo que nos ofreció de bonito y digno de ver fue fuertemente contrarrestado por la plaga de mosquitos que nos hizo sufrir día y noche.

Gracias a la ayuda de Neill, un estadounidense que manejaba una agencia en Panzós, encontramos mozos para cargar nuestro equipaje. El señor Klée nos había enviado al encuentro las cabalgaduras y un guía en la persona de un ladino, Félix Leal. Tras descansar un día, continuamos el largo viaje y, al cuarto día arribamos a San Cristóbal vía Telemán, Tucurú, Tamahú y Tactic. Allí nos instalamos en la encantadora casita Pantocán, la cual por su maravillosa ubicación y vista hacia el este nos gustó tanto porque brindaba un grandioso panorama sobre la laguna,[2] que poco después la compramos y la arreglamos cómodamente.

Las primeras impresiones del país y de sus habitantes respondían en mucho a las expectativas que me había formado con base en las descripciones de Richardson, y éstas eran decididamente favorables. En lo particular nos sentimos agradablemente conmovidos por la amable y cordial bienvenida que nos brindaban, en todas partes, la población ladina, las autoridades locales, hasta los indígenas, pero sobre todo los curas párrocos. Las parroquias de la Verapaz estaban ocupadas, desde antes, por frailes de la orden de los dominicos, en su mayoría mexicanos. Estos no mostraron ningún prejuicio contra nosotros como herejes, o celo fanático por convertirnos; de todos ellos experimentamos, inmediatamente y también después, ayuda desinteresada digna de agradecimiento que facilitó nuestros propósitos.

1 Lago de Izabal.
2 Laguna de San Cristóbal.

Nos fue fácil establecer buenas relaciones con las familias de los ladinos, que en aquel entonces eran todos gente sencilla y honesta. El papel principal lo jugaban el maestro de la escuela y secretario municipal Bernardo Gómez, así como el hombre más rico del lugar, Lico Solís, cuya esposa Paula abastecía al vecindario con aguardiente al por mayor y menor. Había allí, además, una serie de personas, que por poseer un cafetalito con un par de cientos de arbolitos o ser maestros de un oficio se consideraban de la "sociedad". Entre éstos estaba Chepito Barahona, padre acomodado del que fue posteriormente cura párroco de la ciudad de Cobán; Luis Hernández, propietario de una mina de sal en el Río Negro, que sólo era accesible cuando el agua estaba baja; Jesús Mancilla, un cuñado de Fray Luis; Mariano Chavarría, a quien más tarde le compramos el cafetal Pancorral ubicado en el lado sur de la laguna, pero todavía entre los linderos del pueblo, con una buena casa y retrilla; Juan Tercero, el herrero, entre otros. El sector comercial estaba representado por una dama soltera, Jacinta Barrios, la única persona en el lugar que poseía una pequeña tienda, que dependía casi exclusivamente de clientela indígena, mientras que los ladinos se abastecían ya sea en los negocios de la feria que llegaban cuando había fiesta o en Cobán.

Los indígenas pocomchíes eran sencillos, buenos, limpios y muy honrados, en tanto no se les acercaba la tentación en forma de aguardiente; sin lugar a dudas e influenciados por nuestras buenas relaciones con el Tata Cura, representaban una complaciente fuerza de trabajo dispuesta a trabajar por el salario de un real por día; también nos abastecieron de leña para la cocina, carne, aves, huevos, forraje para nuestras bestias etcétera. Como sólo muy pocos de ellos hablaban y entendían español, y eso muy deficientemente, la cocinera Agapita Flores, una ladina vieja muy eficiente (que años más tarde fue conocida en amplios círculos como la dueña de un pequeño y sencillo hotel en Tactic), y el inteligente Félix Leal, a quien empleamos como mayordomo, tenían que servir de mediadores para entendernos con ellos.

Con el propósito de obtener el dinero necesario para nuestros gastos corrientes, por recomendación del señor Klée entré en arreglos con Don José María Figueroa, un comerciante de posición bien acomodada en Salamá, cuya casa comercial la dirigían su esposa e hija, mientras él visitaba en intervalos

regulares las principales plazas de Alta Verapaz[3] con sus voluminosas existencias y dirigía, a la vez, con ojos vigilantes, el consumo de aguardiente, que tenía en arrendamiento para ese período. Nos pusimos inmediatamente en contacto con él y le informamos de nuestro establecimiento, que fundamos bajo el nombre de F.C. Sarg & Co.; nuestras relaciones con él fueron buenas en tanto duró nuestra estancia en San Cristóbal.

Mientras se llevaba a cabo lentamente nuestra instalación en *Pantocán*, empecé a investigar las minas de plomo, en total tres. Estas habían sido completamente abandonadas varios años atrás, por lo que encontré los accesos soterrados y medio escondidos entre los matorrales. Primero tuvimos que hacer trabajo de descombro por varias semanas antes de siquiera poder llegar a los filones. Pronto nos dimos cuenta de que la explotación anterior se había realizado en la imaginable forma del pillaje más primitivo; en consecuencia, fue imposible empezar y no fue sino hasta varios meses después que pudimos iniciar con el verdadero beneficio y crear las bases necesarias para rendir un informe confiable.

En sí, el filón mostró ser rico en plomo (en promedio 24 por ciento) y fácil de fundir, pero tan pobre en plata, que la producción de este metal no resultaba rentable, incluso con los precios de plomo en aquel entonces bastante altos, sobre todo en vista de las dificultades y el alto costo del transporte que sólo era realizable por medio de los cargadores indígenas.

En enero de 1869 emprendí un viaje a Cubulco y Chiantla con la esperanza de encontrar allí filones más ricos y de unirlos a la empresa de San Cristóbal, pero no obtuve mejores resultados. Finalmente, después de haber producido 80 quintales de plomo y de haberlos enviado, tuve que rendir mi dictamen en el sentido de que bajo las circunstancias imperantes no se podía entrever una rentabilidad para el señor Klée ni para nosotros.

En todo caso, el fracaso de este intento fue fácil de soportar, pues no teníamos que quejarnos de ninguna pérdida financiera; por el contrario, mientras tanto habíamos adquirido conocimiento del negocio del café, tanto de las plantaciones como de las exportaciones, asimismo tuvimos varias veces la oportunidad de comprar pequeñas propiedades y terrenos aún en barbecho, apropiados para el cultivo del café. Así que la decisión de dedicarnos a la agricultura en vez de la minería no fue difícil para nosotros, sobre todo porque San Cristóbal nos llegó a gustar mucho.

3 La Verapaz se dividió en Alta y Baja Verapaz, por Decreto del 4 de mayo de 1877.

II

Las altas autoridades de San Cristóbal estaban integradas por el gobernador y el alcalde, dos viejos y respetables indígenas, con quienes llegamos a tener un trato amistoso. Estaban supeditados al Teniente Corregidor de Alta Verapaz, en ese entonces Don Julio César Garrido, un culto español con quien nos sentimos comprometidos a hacerle una visita personal en su residencia oficial. Así, pues, cabalgamos a Cobán, donde nos recibió muy amablemente y prometió fomentar nuestra empresa con todos los medios a su alcance; pero muy a pesar nuestro poco después lo transfirieron a un departamento más importante en Los Altos -para desgracia suya, pues dos años más tarde cayó muerto durante la Revolución[4] en una batalla en Totonicapán.

Una visita a Cobán no se podía llevar a cabo en un día, pues se requerían cuatro horas enteras para la cabalgata de ida y otras cuatro para el regreso, y nosotros deseábamos conocer también a los funcionarios de gobierno y a las personas notables, en especial a los extranjeros radicados en el lugar.

Como no había un hotel en Cobán, aceptamos muy agradecidos la amable hospitalidad que nos ofreció el único alemán del lugar, el señor Heinrich R. Dieseldorff. El había llegado hacía cuatro años de Zacapa, donde ensayó el cultivo del algodón. En Cobán fundó primero un negocio muy modesto de importaciones y exportaciones, luego compró una linda finca, *Chipoc*. Le había ido bien, vivía tranquilo y muy contento en una casa cómodamente amueblada, en la que su esposa y sus hijos nos dieron una calurosa acogida. Con gusto debo enfatizar que mi amistad con él ha resistido la prueba de casi cincuenta años y aún continúa inalterable. Su tienda en el portal de las arcadas del Cabildo enclavada entre una serie de negocios de ladinos similares, dedicada entonces sólo a la venta al detalle, estaba surtida de artículos preferentemente para indígenas; la venta era todavía bastante modesta, pero luego se desarrolló rápidamente, de manera que en pocos años Dieseldorff tuvo que construir una bodega al lado de su casa de habitación, sobre todo cuando quedó concluida la carretera a Panzós.

Como única competencia digna de mención que entraba en consideración, era Don Chico Planas, un español, a quien habíamos conocido ya antes, cuando nos llevaba como cartero voluntario nuestra primera correspondencia. Planas era un personaje único, a quien aprendimos a respetar y a valorar como un

4 La Revolución Liberal de 1871.

hombre eficiente y trabajador y del todo honesto. Hacía negocios ya más importantes, principalmente en la exportación de café. Compraba y juntaba toda la cosecha de los pequeños productores y poquiteros, la recibía en pergamino y la limpiaba en una retrilla instalada cerca de su casa y luego la exportaba vía Izabal y Belice. Después de varios años logró retornar con una bonita fortuna a su patria española, donde llegó a ser director de un banco.

Un par de días fueron suficientes para llegar a conocer a los pocos colonos blancos restantes, entre quienes el más interesante era Don Julio Rossignon, representante de una empresa francesa y director de su plantación *Las Victorias*. Rossignon era un hombre culto, con inclinaciones y conocimientos científico-naturales que yo compartía. Poseía una biblioteca y como periodista se dedicaba a escribir frecuentemente artículos con el fin de hacer una activa propaganda por la Verapaz, a la que amaba. Es una lástima que su actividad teórica resultó ser mucho mejor que su práctica, pues no logró hacer de Las Victorias una plantación modelo ni alcanzó cosechas que valieran la pena; su sucesor Alphonse Roy, poseedor de una buena voz de tenor, tampoco tuvo éxito; después de algunos años tuvo que ser liquidada la empresa, menos la maquinaria.

También debo mencionar a Samuel Slattery, cuñado del señor Dieseldorff, quien trabajó como caporal en *Chipoc*; Henry Naim, un viejo escocés que se ganó la gratitud de los indígenas, a cuyo hijos vacunó contra la viruela; Don Camilo Borja, un chileno propietario de la finca *Sachamach*, y Katharina Kreitz, una alemana honrada y laboriosa, cuya marido era un herrero diestro, formado en Alemania, de apellido Antillón.

A esta primera visita le siguieron pronto otras a Salamá y San Jerónimo, que nos relacionaron con extranjeros establecidos en Baja Verapaz. Primero nos topamos con un alemán, Peter Günther, que vivía en una pequeña finca en Santa Rosa con su esposa ladina y tres hijas; la mayor de ellas, Braulia, era una joven que llamaba la atención por su belleza. En la casa de Günther los viajeros extranjeros encontraban alojamiento limpio y alimentación para ellos y sus cabalgaduras. Günther era empleado de la Compañía de Aguardientes; su tarea como guía de una patrulla de resguardo era riesgosa, pero ésta lo había familiarizado con las guaridas más recónditas del departamento, con todos los caseríos y parajes más pequeños y conocía cada choza; pero a diferencia de la mayoría de sus colegas, Günther apenas se hizo enemigos, aunque ejercía el oficio nada popular de descubrir y destruir las destilerías clandestinas, lo hacía de manera humana.

En Salamá vivía un inglés gordo y agradable, Don José Carter, que fue electo alcalde en 1868, una distinción que no ha alcanzado ninguno de sus paisanos en todo el país. Carter poseía bienes inmuebles en Cobán y con frecuencia utilizaba el pretexto de ir a verlos para hacernos visitas bienvenidas en *Pantocán*.

A nuestra primera presentación en Cobán le siguió muy pronto una segunda, con motivo de la llegada del Presidente de la República, Don Vicente Cerna, quien con una numerosa comitiva emprendió un viaje de inspección a la Verapaz. Nosotros fuimos a saludar al alto funcionario, un hombre nada orgulloso, que como lego de la Orden de los Jesuitas simpatizaba con el clero, pero no nos lo hizo sentir; seguramente era un hombre probo y honesto, para caracterizarlo basta con señalar el apodo que le puso el lenguaje popular: "huevo santo".

Mucho más importante que la conversación con Cerna fue para mí la oportunidad de entrar en contacto con su Ministro de Gobernación, Don Manuel Echeverría, un abogado extraordinariamente inteligente, culto y refinado y de carácter intachable. Me alentó a que expresara mi opinión libremente sobre lo que había visto y vivido, y platicó varias veces conmigo detenidamente sobre las perspectivas y posibilidades de desarrollo de la Verapaz, así como sobre los pasos para elevar el departamento, a lo cual enfaticé la urgente necesidad de mejorar las vías de comunicación hacia Panzós.

Defendí ésta iniciativa y me pidió ponerla por escrito, más adelante también en cartas, y logré que para la temporada seca del año 1870 el gobierno pusiera en marcha el proyecto de una carretera y autorizara los medios necesarios para su construcción. Sin embargo, tuve que comprometerme a realizar el trazo del camino y dirigir los trabajos -gratuitamente-, pero hice el sacrificio con gusto en interés propio.

Otro acompañante de Cerna era Don José María Saravia, quien sustituía al Ministro de Justicia y era presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País, la única sociedad científica en Guatemala; tan pronto como regresó a la capital me propuso como miembro correspondiente de ésta y, a fines de abril, se efectuó mi elección como tal.

III

Mientras tanto, habíamos aprovechado la época lluviosa para cultivar las tierras adquiridas en tanto podíamos obtener en plaza las plantillas y sembrar los

almácigos para el año siguiente. Al inicio de la temporada de corte de café de ese año reconocimos pronto la insuficiencia de la maquinaria para el beneficio existente en *Pancorral* y consideramos necesario adquirir un sustituto satisfactorio.

Para ganar experiencia sobre ésto a vista ocular, extendí mi ya mencionado viaje a Chiantla hasta la Costa Grande, donde conocí, en varias de las fincas cafetaleras más importantes, los diferentes sistemas de maquinaria en acción. De éstos me gustó el sistema inventado y utilizado por Don José Guardiola en la finca Chocolá, que producía 8,000 quintales. Consistía de una combinación de morteros, en los que subían y bajaban trituradores (como en un bocarte), que liberaban el café de la cáscara de pergamino.

Luego planeamos la instalación de un beneficio similar, cuya fuerza de agua necesaria la sacamos de un riachuelo que alimentaba la laguna de San Cristóbal y la condujimos a *Pantocán*. La medición de esto fue hecha por Hermann Au, natural de Baden, antiguo revolucionario de 1848, ahora agrimensor estatal bien situado. La casualidad quiso que después de haber medido un terreno de indígenas en San Pedro Carchá, llegó a recuperarse a nuestra casa de las fatigas que había sufrido, y en sus ratos de descanso se dedicó a este pequeño trabajo. Au era un hombre muy sociable, un compañero alegre que había vivido mucho y realizado varias cosas. Su mayor y más sagrada propiedad era un chaleco de color rojo subido que se ponía, por decirlo así, como profesión de fe en todos las celebraciones, hasta que después de 1871 se volvió imperial. Tenía una buena hoja de servicios, pero no llegó a nada, finalmente terminó en Retalhuleu en los años 90, donde una Wittib lo ató al yugo matrimonial.

Luego incorporamos a Henry Shaw, un joven ingeniero estadounidense quien se hizo cargo de la instalación de la maquinaria, comenzando con la selección del molino y la preparación de las maderas de construcción para una rueda hidráulica de admisión superior, cuyo eje de hierro pedimos a Inglaterra y logramos subir después de vencer indecibles dificultades de transporte. Sin embargo, no se pudo instalar, pues en el transcurso de 1870 cambiaron tremendamente las condiciones locales.

Las constantes y crecientes demandas de trabajo a la población indígena -en la agricultura para el funcionamiento de las fincas, la exportación de café y la construcción de caminos por parte del gobierno-, generaron lentamente un creciente descontento entre dicha población, que se hacía sentir cada vez más en todas las empresas. A esto se agrega una revolución que había estallado el año anterior en Los Altos, que causó un amplio desasosiego con efectos negativos para todos los propietarios de negocios. Esto se manifestó muy especialmente en el amigo Richardson, quien al principio se mostró disgustado con la situación, luego perdió el ánimo y la confianza en sí mismo y el interés por el trabajo, que trató de rehuir de cualquier manera para provocar una ruptura. Durante largo tiempo vaciló entre su sentimiento de lealtad a sus socios y el amor a su Micaela y sus hijos; finalmente decidió separarse de nosotros.

Las negociaciones sobre su separación de la empresa empezaron en julio de 1870, una época en la que era imposible indemnizarlo sin vender nuestra propiedad; pero Richardson presionó para que se hiciera y apresuró para que se disolviera la empresa; nuestra finca, con todo lo que tenía, pasó entonces a fines de 1871 a un comprador nacional por mediación de la casa Hockmeyer & Rittscher. Richardson había abandonado Guatemala ya a principios de año, al llegar a su país se casó y encontró después una posición en una mina de cobre en Puerto Cabello, donde falleció pocos años después, víctima de la fiebre amarilla.

Schubart, que sólo había sido socio industrial, se retiró al mismo tiempo que Richardson; buscó trabajo primero como buscador de oro en los ríos de las montañas fronterizas con Honduras, donde tuvo algún pequeño éxito por aquí y por allá, pero con el tiempo tuvo cada vez más fracasos; después encontró una posición subalterna en la capital, donde terminó su vida en el año 1874, al limpiar su rifle y soltarse por descuido una perdigonada que le dio en el corazón.

Durante 1871 me esforcé por continuar yo solo la empresa y me limité únicamente al negocio en San Cristóbal, donde además de la finca instalé todavía una fábrica de sacos de café de fibra de maguey, que, sin embargo, decayó después que me fui. Varias veces al mes me dediqué tres a cuatro días a la construcción del camino a Panzós, que avanzó enérgicamente con el apoyo de Manuel Guzmán, de Tactic, y Peter Günther, a quienes empleé como capataces, y del gobierno, a través del Ingeniero Salvador Lobos, que me fue asignado.

Mi tiempo libre lo llené con estudios zoológicos, motivado por mi inclinación y la extraordinaria riqueza de la fauna del lugar; estos estudios fueron fomentados por el Profesor Kaup, director del Gabinete Natural del Gran Duque de Darmstadt, mi antiguo maestro, que estaba escribiendo una monografía sobre los pasálidos y me confió tareas especiales, que felizmente estuve en condiciones de resolver. En ese entonces logré alcanzar notables éxitos en varios campos y, más adelante, pude hacer valer mis colecciones, a veces con ventaja, en mi patria, Suiza, Inglaterra y Estados Unidos. Después que vendí *Pantocán* disolví la empresa y acepté una oferta de los señores Hockmeyer & Rittscher, con lo cual abandoné la Verapaz.

IV

Con la venta de *Pantocán*, a fines de 1871, hubo una larga interrupción en mis relaciones directas con la Verapaz; sin embargo, mi actividad no dejó de tener influencia directamente en el desarrollo del departamento durante mi ausencia, que se prolongó todo el año 1872.

La Compañía de Agencias en Guatemala, por cuyas manos se realizaba toda la importación y exportación del país en el Puerto de San José, me ofreció el cargo de factor en ese puerto, cosa que acepté.

James Frederick Sarg

A fines de 1872 me fue a ver mi hermano, James Frederick Sarg, en San José, para convencerme de retornar a Verapaz. Era agrónomo de profesión y se había entusiasmado por la caficultura a través de mis informes, desde 1869. El creía reconocer en ésta un futuro promisorio para sí, por lo que decidió seguirme a Guatemala en la esperanza de encontrar condiciones favorables cerca de mí. En febrero de 1870 arribó con su esposa a Izabal, donde lo fui a recibir y lo llevé a San Cristóbal. Después de un breve descanso en *Pantocán* continuó su camino a Cobán, donde por un tiempo apoyó a Richardson en la recepción y envío de café comprado; mientras tanto aprendió español, buscó una propiedad adecuada para comprarla y finalmente adquirió la finca *Sachamach*, de Camilo Borja.

Después se me acercó con la propuesta de que me asociara con él y que estableciéramos juntos una finca de café y un negocio de importación de mercancías, para el que se nos había asegurado capital de parte de nuestros padres, así como créditos de la casa Hockmeyer & Rittscher, del señor Georg I. Hockmeyer en Hamburgo y de muchos otros. Acepté y renuncié al puesto de factor, y tras haber introducido a mi sucesor y ponerlo al tanto de todo, me dirigí a Cobán, en febrero de 1873, para, primero, poner en claro más exactamente nuestros planes y luego dar a conocer la nueva casa comercial de Sarg Hermanos.

Hasta fines de abril traté de familiarizarme lo mejor que pude con las necesidades del lugar. El 1 de mayo emprendí un viaje a Europa con los señores Eduard Lehnhoff y Johann Doeding (de la casa Rieper, Augener & Co. de la capital), partiendo de San José vía San Francisco, hasta donde tuve pasaje libre, luego pasé visitando el valle Yosemite, Salt Lake City, Chicago y las cataratas del Niágara. Lehnhoff me introdujo en Nueva York en la casa G. Amsinck & Co., que igualmente me puso a disposición un crédito; también me asesoró en la modesta compra de mercancías, que hice a efecto de enviarlas a Cobán como muestra. Lo mismo hizo el señor Hockmeyer para mí en Hamburgo, y buenas recomendaciones me facilitaron completar satisfactoriamente el surtido para nuestro almacén de mercancías, en Manchester y Londres.

Durante la visita a mis padres, en Darmstadt, conocí al señor Thomae, director de la Escuela agrónoma Hof Geisberg, cerca de Wiesbaden. Mi hermano J. Frederick había sido su discípulo, y me preguntó muy particularmente sobre él, asimismo mostró un vivo interés por nuestros propósitos y posibilidades, haciéndome preguntas a través de las que obtuvo un conocimiento más exacto. Esto llevó, de primero, a la mención de su hijo, quien después de varios años de aprendizaje y posterior empleo en una casa comercial londinense abrigaba el deseo de salir a ultramar a fin de alcanzar una existencia independiente más rápidamente. Luego, tras otras negociaciones más intensas llegamos a un acuerdo, conforme al cual Moritz Thomae viajaría conmigo de regreso a Cobán, donde se iniciaría en el trabajo. Fijamos mediante contrato un plazo, después de cuyo término Thomae estaba en la libertad de convertirse en socio de la empresa, aportando una determinada cantidad de capital, lo que se hizo efectivo a fines de 1874.

En el viaje a la patria, vía Nueva York, hice escala en Southampton, continué mi camino a Londres y, atendiendo la invitación de un compañero de juventud, me hospedé en su casa. Allí la esposa de mi anfitrión me presentó una joven dama, la señorita Mary Parker, que causó una profunda impresión en mí. Esto me impulsó a que, en octubre, cuando tuve que ir de nuevo a Londres, le suplicara a la esposa de mi amigo que me facilitara un segundo encuentro con su amiga. Ambos fuimos invitados en su casa, lo que me hizo posible obtener un sí. Su madre nos otorgó la bendición (el padre había muerto ya hacía mucho) y con la mayor rapidez posible se hicieron los

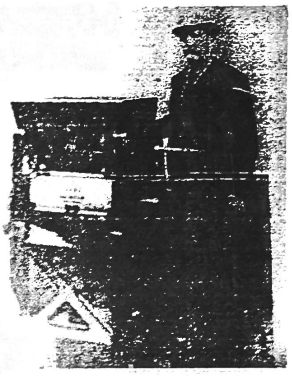
preparativos para la boda, el ajuar, la licencia etcétera, pues mi tiempo estaba medido justamente.

Nos casamos el 13 de noviembre en Penge. Mi suegra, una dama gentil y bondadosa, había reunido a los parientes de ambos lados en número tan grande, que el banquete de bodas se tuvo que hacer en el Cristal Palace. Entre los invitados figuraban, además de Thomae, sólo una persona más relacionada con la Verapaz, Rodolfo Rohrmoser, quien había acompañado al ex-Presidente Miguel García Granados como asistente personal en una viaje a Europa. Rohrmoser sabía contar algunas cosas interesantes sobre sus experiencias en esa posición. Por ejemplo, una vez se alojó con el distinguido caballero en uno de los primeros hoteles de Londres; un día encontraron anotado en la lista del menú "Abessinian Pears", o sea peras de Abisinia. El nombre desconocido para ellos despertó su curiosidad y pidieron el plato, que les fue servido; al verlo Don Miguel exclamó indignado: "¡Pero esto no es más que güisquil!" A la muerte del ex-Presidente, Rohrmoser perdió su puesto y pasó una temporada en Cobán; sin embargo, por la buena vida se había vuelto haragán y perezoso y paulatinamente se convirtió en abúlico.

El 15 de noviembre me embarqué en Southampton con mi esposa y el señor Moritz Thomae, y después de un buena travesía llegué a Cobán vía Jamaica, Belice e Izabal, a fines de diciembre.

V

Nos instalamos en una casa al lado de la iglesia de San Sebastián, que había ampliado y agrandado mi hermano mientras tanto. También había organizado el almacén de mercancías y el local comercial adecuadamente. La casa de habitación era espaciosa y cómoda, y mi esposa se sintió allí rápidamente a gusto, aunque con algunas dificultades. Ella no sólo tenía que aprender dos idiomas a la vez, español y keqchí, sino también las particularidades del trato con la servidumbre nativa, así como conocer las condiciones de vida totalmente nuevas y desconocidas para ella, pero pronto logró superar todo eso, antes que acostumbrarse a comprender la práctica de la moral en general bastante liviana. Con buen humor se apresto a las circunstancias (en su concepto muchas veces escandalosas) y encontró suficiente ocupación en su casa, el jardín o en el almacén, como sustituto de la falta de vida social, la cual inicialmente estuvo limitada a dos familias alemanas..



James Frederick Sarg con la máquina despulpadora de su invención.

Thomae vivió con nosotros y desde un principio mostró ser una persona muy agradable, que supo adaptarse fácilmente y se hizo querer por todo el mundo, también por los indígenas, por su forma afable y servicial de ser, a la vez que se empeñó seriamente en la venta de mercaderías, a la que se dedicó preferentemente.

Unos meses después mi hermano se fue a vivir a la finca *Sachamach*, pero llegaba diariamente a apoyar a Thomae lingüísticamente en la venta, o durante la temporada de corte de café, a supervisar la selección y empaque del grano en sacos, en un edificio construido para esa finalidad, con un ancho corredor alrededor del mismo. En el transcurso del año se agregó a la finca una gran galera, en la que se instaló la retrilla y los establos. Frederick trabajaba en la finca en la construcción de un despulpador, que se acreditó como sustituto de la pesada y costosa máquina de Gordon y que pronto encontró aceptación en las fincas pequeñas. La máquina fue premiada en la Exposición Nacional del año 1880; años más tarde mi hermano la fabricó en gran número, cuando se estableció de nuevo en Alemania, y paulatinamente la vendió a América del Sur, Africa y las Indias Orientales.

Las visitas de extranjeros nos fueron muy gratas, en especial la de amigos provenientes de la capital. Todavía a fines de año llegaron los señores Lehnhoff y MacNider, para asistir al bautismo de nuestra hija María Elena, nacida el 16 de octubre, y se sintieron tan a gusto en el lugar que nos llegaron a ver varias veces en los años sucesivos; MacNider hasta trajo una vez a su esposa por una temporada larga.

A partir de 1875 se desarrolló un tráfico de viajeros cada vez más vivo, algunos venían sólo como pasajeros, otros se quedaron semanas o meses, ya fuera para coleccionar orquídeas, como G. Fish para Veitch & Sons en Londres, a quien agradecimos la introducción de un gran surtido de finas rosas,

fucsias y geranios, o para coleccionar insectos, como G. Champion para la biología; otros llegaron de todos los países del mundo con la intención de adquirir tierras para la caficultura, la cual todavía se podía conseguir muy barata, y así establecerse permanentemente en la Verapaz.

En enero estuvo de paso por nuestra casa el Ministro de Estados Unidos, el Coronel Williamson, un hombre distinguido y amable que viajaba por el país para informarse; inmediatamente después de saludarnos me llamó a un lado para pedirme fervientemente que le asignara un cuarto separado de su acompañante, el etnólogo Dr. med. Carl Hermann Berendt, pues roncaba de manera espantosa; felizmente pude satisfacer su deseo. La noche tranquila parece haber contribuido a que Williamson se formara una buena opinión de Cobán y de la importancia de su futuro, y decidió gestionar ante su gobierno el establecimiento de una agencia consular para esta plaza, incluyendo el Puerto de Livingston, y me propuso a mí para ese puesto. Mi nombramiento por el Departamento de Estado en Washington se efectuó el 15 de junio del mismo año.

El Doctor Berendt era un estudioso entrado en años, que a consecuencia de haber participado en los combates de la Revolución de 1848, tuvo que emigrar a Norteamérica, donde se naturalizó; desde hacía varios años se había dedicado al estudio de los idiomas, para cuyo fin había pasado una larga temporada en Yucatán, de donde vino a Guatemala para ampliar sus conocimientos lingüísticos. Por amor al idioma keqchí me pidió que le permitiera permanecer unos días más después que partiera Williamson, lo que le concedimos gustosamente al conocer y entender rápidamente las peculiaridades de este viejo original y apreciarlo, así como su gran experiencia de la vida. Sin embargo, ¡no sospechamos que los días se convertirían en años!

Berendt empezó a trabajar con gran afán en un diccionario y se enfrascó tanto en esa tarea, que podía ocurrir que por una pregunta llegara de su cuarto al almacén en camisa, calzoncillos y pantuflas, causando un feliz asombro entre el público presente. Después de varios meses creyó que la forma de vivir sentada le hacía daño a su salud y se dejó inducir a la compra de un terreno con un par de cientos de cafetos; de allí en adelante dedicó más tiempo a la agricultura que al estudio.

A instancias de Berendt arribaron al país las primeras plantas de ramio,[5] cuyos cultivos crecieron espléndidamente, pero no llevaron a ningún resultado práctico. Desde Nueva Orleáns nos recetó también un aprendiz de apellido

5 Planta urticácea textil, originaria de las Indias Orientales [nota de la traductora].

Mohr (del que era padrino de bautismo), quien por encargo suyo trajo dos ejemplares de la planta *Magnolia·grandiflora*, que con el tiempo se convirtieron en árboles imponentes. El jovenzuelo rindió tan poco y no hacía más que comer, que al cabo de un año lo tuvimos que enviar de regreso a sus padres.

Berendt promovió que por medio de la municipalidad se comprara una imprenta y fue cofundador del periódico *El Quetzal* Su permanencia en la Verapaz terminó cuando arribó el Profesor Bastian del Museo Real para Etnología de Berlín, con quien fue a reunirse rápidamente en la capital. Bastian le dio el encargo de preparar el transporte de las antiguas esculturas existentes en Santa Lucía Cotzumalguapa a dicho museo, o sea adelgazar las mismas por picapedreros; esto le ocasionó una afección al corazón, a cuya consecuencia sucumbió en la capital. Posteriormente envié sus numerosos manuscritos a Westermann en Nueva York; pero nunca llegué a saber si éstos fueron trabajados o utilizados de alguna manera.[6]

Reseñar la llegada de cada extranjero a la Alta Verapaz, tanto cronológica como separadamente, sería demasiado, pues su número aumentó constantemente, y no todos ejercieron la misma influencia en el auge del departamento; por lo tanto, me limitaré a mencionar a algunos, que arribaron en mi época.

Para la casa Dieseldorff vino un sobrino de Don Enrique, Augusto S. Dieseldorff, quien impulsó el florecimiento del negocio del almacén gracias a su infatigable actividad. Augusto era un hombre prudente y tranquilo, que en general fue altamente estimado. Se convirtió en socio de la empresa y, en abril de 1882, contrajo matrimonio con su prima Agnes, la hija mayor de su tío.

El mismo negocio contrató como dependientes primero a Sophus Koch, un joven extraordinariamente eficiente, que al terminar su contrato se fue a La Antigua, a trabajar con Otto Bleuler, y en el transcurso de un año fue el alemán que más progresó en la República.[7] Bleuler mismo poseía terrenos cerca de Senahú, en los que por medio de un paisano suizo, Hottinger, cultivó una gran

6 La extraordinariamente valiosa colección de manuscritos pasó a manos del Doctor Daniel G. Brinton, que publicó muchos de estos y, poco antes de su muerte, acaecida en 1898, donó dicha colección a la biblioteca de la Universidad de Pensilvania en Filadelfia (*The book of Chilam Balam of Chuyamel*).

7 Sophus Koch se asoció más adelante con Rudolf Hagmann y juntos fundaron la razón social Koch, Hagmann & Co. De Otto Bleuler adquirieron una de las plantaciones cafetaleras más bellas y antiguas de Guatemala, *San Francisco Miramar*, de 26 caballerías, y *El Reposo*, de 21 caballerías, ambas en Colomba, Quetzaltenango, que Bleuler había comprado en 1876 [nota de la traductora].

finca cafetalera, *Seritquiché*, que más adelante pasó a los Hermanos Donnadieu, de nacionalidad francesa.

En la misma región (en Arenal) se estableció un compatriota de estos últimos, Don Federico Ossaye, con su mujer y dos hijos e hija, una excelente familia que siempre vivió en buenos términos con la colonia alemana; luego figuraban dos jóvenes norteamericanos, Jesse Bird y Kensett Champney, gente muy trabajadora, que paulatinamente extendió sus cultivos en gran escala en *Sepacuité*.

En las inmediaciones de Cobán las condiciones de los terrenos sólo permitían pequeñas propiedades; Hermann Helmrich adquirió la finca *Santa Margarita*, en la misma ciudad a orillas del río; Enrique Scott, un anglosajón, que llegó de Bolivia, compró el lindo terreno *Chicoj*, que cultivó muy cuidadosamente; lo mismo hizo en *Chicoyoito* el Barón Hans von Türckheim, quien se presentó con recomendaciones del Ministro alemán y fue muy bienvenido de mi parte como hombre cultivado científicamente, con talento para la zoología (se interesó sobremanera por los lepidópteros)[8] y muy instruido en botánica. Jorge Wyld, cuñado del señor Lehnhoff, fue su vecino a un lado de *Ainal*; al otro se estableció un hermano del mismo, Julius Lehnhoff, quien, sin embargo, retornó a Hamburgo pocos años después.

El español José Balsells vendió su finca *Santa Isabel* (*Chimax*), ubicada en el perímetro norte de la ciudad, al ex-cónsul de los Estados Unidos en Guatemala, Heinrich Houben, quien como propietario de una plantación logró ganar como esposa a una dama muy superior a él intelectual y socialmente, la señorita Louise Hekking, maestra del Instituto Belén. El la llevó a Cobán, donde a pesar de la complaciente acogida de la colonia extranjera se sintió muy infeliz, por lo que pronto regresó a la capital. Houben vivió entonces solo en la finca, enfermó y falleció. Como sus papeles lo identificaban como nacido en Alemania, el Consulado Imperial creyó que yo debía representar sus intereses o el de sus herederos ante las autoridades del país. Para ese fin fui nombrado representante del Cónsul.

El caso captó después la atención del Ministro alemán Werner von Bergen, por la creciente importancia de la colonia alemana, lo que lo indujo a solicitar ante el Ministerio del Exterior alemán la creación de un viceconsulado en Cobán, un paso que llevó a mi nombramiento, con patente del 3 de mayo de 1879, así como a mi renuncia de la representación estadounidense, que le fue

8 Insectos con dos pares de alas cubiertas de escamas muy tenues, como las mariposas [nota de la traductora].

transferida a mi hermano. Como administrador de la finca de Houben coloqué a un alemán de apellido Kölling; él había inmigrado hacía un año y había abierto un hotel, cuya dirección manejó con mucho éxito su muy eficiente y honesta esposa con sus hijas.

Santa Isabel (*Chimax*) pasó a ser propiedad del señor Willy Anton Dieseldorff, otro sobrino del patriarca, un joven increíblemente talentoso, culto y con espíritu emprendedor, que en lo sucesivo dio de manera ejemplar un mayor realce a la finca haciendo ampliaciones e introduciendo equipo de maquinaria mejorada. A este amigo, una ganancia valiosa y esencial, lo recuerdo muy cariñosamente, también recuerdo cuando gustosamente le pude hacer un pequeño favor, es decir cuando celebró su fiesta de bodas con su prima Julia G. Dieseldorff en mi casa en la capital.

En diciembre de 1876 apareció el señor Oscar von Nostitz por primera vez en Cobán; mis amigos Lehnhoff y MacNider habían animado al Ministro inglés, Mister Reginald Graham, sucesor de Corbett, a visitar la Verapaz. A este grupo se unió Nostitz, quien como ingeniero de profesión (anteriormente había estado empleado en la construcción de ferrocarriles en Costa Rica y en la línea Retalhuleu - Champerico) pronto se vio motivado a escoger Cobán como su cuartel general para realizar una serie de encargos de medición, entre éstos la delimitación de las tierras adjudicadas mediante concesión a la Guatemala Railroad Company cerca del río Sarstún. En 1880 ejecutó para el gobierno la construcción de un puente de hierro sobre el río Polochic, cerca de La Hamaca (Chascoj); la finca *Sasís* la adquirió hasta después que me fui de la Verapaz.

En 1878 el señor Thomae trajo a su hermano Ernst de los Estados Unidos, a quien instaló en los terrenos de *Cubilgüitz*, motivándolo a que intentara la crianza de ganado, sin embargo, resultó que no tenía ningún talento para ello, tampoco para aprender los dos idiomas imprescindibles; abandonó la empresa y retornó a Estados Unidos. Thomae se comprometió entonces en *Cubilgüitz* como socio del señor Carl Reutter, un agrónomo graduado, hombre honesto y trabajador, que emprendió una serie de pruebas de cultivos de hule, pimienta, canela, entre otros, pero que no resistieron los ataques de las hormigas. Lamentablemente, el señor Reutter sucumbió pocos años después de una fiebre maligna.

En 1878 llegó el señor Julio Wolters con su familia. El había salvado un pequeño capital al quebrar la casa Uhl, Wolters & Cía. en Guatemala, y con el dinero quiso levantar una finca en Cobán. Desafortunadamente, a pesar de que

se le desaconsejó, escogió terrenos expuestos a heladas nocturnas, por lo que no tuvo éxito.

El mismo año llegó Ernst Fetzer, tres años después Theodor Stalling, ambos comprometidos con mi empresa. Con el tiempo se convirtieron en propietarios de fincas cafetaleras; Fetzer compró la finca *Saxoc*, de J. David Castellanos, y Stalling se casó con Adela, la segunda hija de Heinrich R. Dieseldorff. Entre otros miembros bienvenidos en la colonia extranjera y pequeños finqueros, debo mencionar a Nielssen, un carpintero sueco muy hábil y eficiente; Don Juan Felice, un viejo italiano bendecido con una mujer enérgica, que lo heredó. Tenía un sobrino, Eduardo Felice, que más tarde adquirió la finca *Seritquiché*, que amplió significativamente, y dos estadounidenses, Connel y Littlepage, hombres de edad madura, prácticos y experimentados.

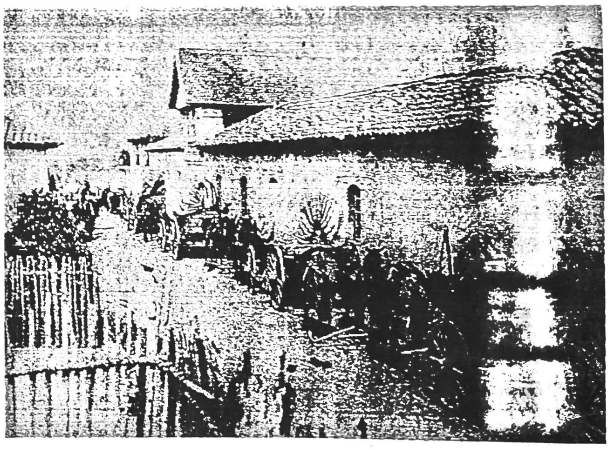
Littlepage ayudó a mi hermano en la ejecución de su proyecto de erigir un aserradero en el potrero *Chichochoc*, para cuyo funcionamiento sacaron la fuerza hidráulica del río Cobán por medio de una turbina Leffel. Esta instalación quedó completada en 1876 y, como aserrador se empleó a Ebenezer Cary, un joven estadounidense eficiente y sereno, algo mal educado, lo que no fue un impedimento para que fuera a su patria y encontrara a una mujer rica y que con el tiempo adquiriera propiedades importantes. En una ocasión en que llegó el Presidente Justo Rufino Barrios de visita a Cobán, fue a ver el aserradero y al acercarse demasiado a la sierra, Cary lo empujó sin ambages a un lado; el alto funcionario no se lo tomó a mal, por el contrario, el incidente le impresionó tanto, que le otorgó a su "salvador" un obsequio, el gran terreno de Chamá.

Cuando falleció el viejo Connel, en su lugar llegó un sobrino suyo, Oscar Biggs, que lo heredó y sucedió a mi hermano como agente consular de Estados Unidos, hasta que este cargo se trasladó definitivamente a Livingston.

Con el arribo del germano-estadounidense J. Heinemann a Cobán, las condiciones de las importaciones y exportaciones experimentaron un alivio significativo, pues Heinemann trajo consigo el tren de carros y todas las yuntas de mulas y personal de su anterior escenario de actividades en la costa del Pacífico y lo puso a trabajar en la ruta Cobán - Panzós. Sin embargo, el camino se mantuvo pasable con dificultades, sobre todo durante la época lluviosa, de manera que con frecuencia los carros estaban en uso por varias semanas en un viaje de ida y vuelta.

En 1878 el señor Mauricio Thomae hizo un viaje a Europa y en Frankfurt del Meno conoció a una joven dama, la señorita Pauline Stör; se casó con ella y la trajo a Cobán, donde la joven señora se adaptó al ambiente, aprendió fácilmente los idiomas, pues tenía mucho talento y un carácter amable, y pronto se ganó el cariño de extranjeros y nacionales.

En general, en aquella época había un espíritu alegre y armónico entre los distintos miembros de la colonia extranjera y en sus relaciones con los guatemaltecos. A esto contribuyó sobremanera el Jefe Político, Don José Saborío, un hombre culto y viajado, cuñado del ex-presidente García Granados, que al igual que su esposa, Doña Enriqueta Arzú, provenía de una de las mejores familias del país. Participaba en las mesas de 'whist', una costumbre que introdujeron los antiguos alemanes y se reunían cada semana alternando la casa de uno u otro miembro; en tales ocasiones se quedaban hasta entrada la noche y la pasaban tranquila y placenteramente juntos. El también se unió a los picnics que se realizaban con las damas en diferentes fincas, invitó a participar en sus viajes de inspección de carácter oficial, aunque sólo a los caballeros, y de vez en cuando hacía también excursiones que lo mantenían alejado de Cobán por varios días.



Los carretones de Heinemann, Cobán (1884), frente a la tienda de Sarg hermanos.

En mi memoria ha quedado grabada una expedición que hicimos por invitación de Bernardo Gómez a su hacienda de ganado *Santa Ana*, en el río Negro, en noviembre de 1879. La casa estaba encantadoramente ubicada en un valle soleado y cálido, a sólo unos pocos pasos del río. Muy de mañana caminábamos sin vergüenza en pijama a bañarnos, luego tomábamos un guacal lleno de leche recién ordeñada, haraganeábamos, andábamos por allí o íbamos a pescar. Una vez pudimos enviar todo un quintal de pescado por medio de mensajeros rápidos a nuestros seres queridos en Cobán, y nosotros mismos saboreamos y gozamos *ad libitum* tales bocadillos, no tan fáciles de conseguir allí. Solamente cerveza no había en ese entonces, un inconveniente que no se pudo eliminar del todo en los años siguientes. Ocasionalmente nos visitaban amigos de la capital, y cuando traían al particularmente sediento suizo Jean Kriemler, se acababan en tres días todas las provisiones de cerveza en plaza.

A Saborio lo trasladaron y más tarde lo enviaron como cónsul de Guatemala a Hamburgo; su sucesor en la Jefatura departamental fue el General Luis Molina, quien como funcionario era una persona bien intencionada y amigo de los extranjeros, se esforzó por elevar y mejorar el departamento, así como por embellecer Cobán. Esto último trató de lograrlo, entre otros, mediante la construcción de un monumental palacio de gobernación; los fondos para ello los recaudó por medio de "contribuciones voluntarias" entre los finqueros y comerciantes, y el 19 de julio de 1881, se colocó la primera piedra en una ceremonia solemne. Con frecuencia le gustaba promover grandes reuniones sociales, conciertos y bailes, también fomentó la sociedad dramática, que bajo la dirección del Juez de Primera Instancia, Don Abraham Montiel y del telegrafista Paniagua, reunió un buen número de actores talentosos entre los elementos nacionales, y organizó veladas de teatro verdaderamente bonitas.

Molina llevó a la pila del bautismo a mi hijo Antonio Federico, nacido el 24 de abril de 1880, y después de mi partida todavía permaneció un par de años en Cobán, en cuyo lapso contrajo matrimonio con la hija mayor de Kölling. Después fue transferido como Jefe Político a Quetzaltenango, a donde lo siguió la familia de su esposa; finalmente llegó a ser Ministro de la Guerra con el Presidente José María Reina Barrios.

VI

En vista de las grandes fluctuaciones a las que estaban sujetos los precios del principal producto del país, el café, que en mayo de un año estaba en 8 y 8.50 dólares, mientras que al año siguiente sólo 5 hasta 5.50 dólares por quintal de café en pergamino (los pequeños rubros hule, zarzaparrilla, cueros y pieles de venado, que se exportaban al mismo tiempo, no eran dignos de mención frente a los valores de las importaciones), se prestó atención a la producción de otros artículos de exportación, desde luego en forma más intensiva, y llevó a numerosos experimentos.

Nuestra atención se dirigió tempranamente a la posibilidad de cultivar el árbol de quina o chinchona. Esto le pareció tan oportuno al Ministro de Agricultura, mi benefactor Don Manuel Herrera, que ofreció un premio para el primero que cultivara 2,000 árboles. Después de algunas dificultades, logramos obtener de la Princesa heredera Victoria de Prusia, por mediación del Príncipe Nicolás de Nassau, ex-alumno del Director Thomae, semillas fecundas de *Chinchona succirubray Chinchona calisaya* de Ceilán. Sembramos esas semillas a principios de 1878 y se desarrollaron tan bien, que en 1880 pudimos enviar plantitas vigorosas de ambas especies a la exposición que se celebró ese año en Guatemala. La *Chinchona succirubra* se cultivó entre los cafetales en el sitio *Sajut*, ubicado en el perímetro poniente de la ciudad, y al igual, de la *Cinchona calisaya* se colocaron unos mil arbolitos en *Sachamach*; ambas especies, sobre todo la primera, se desarrollaron excelentemente.

A principios de 1882 hicimos valer nuestro derecho al premio de 1,500 dólares, que se nos entregó correctamente el 23 de junio de 1882. Al año siguiente se hicieron pruebas de la corteza de los árboles desarrollados más fuertemente (el Doctor Stoll ya encontró ejemplares de 12 pies de altura). Tales pruebas se enviaron a Nueva York, donde por medio de un análisis se encontró que tenían un alto contenido de quinina. Sin embargo, nuestras expectativas de obtener una ganancia lucrativa con este cultivo de exportación no se realizaron, experiencia que hicieron también otros empresarios quienes después de nosotros sembraron en gran escala varios centenares de arbolitos en la Costa Cuca, en Xolhuitz y otros lugares. Por un lado, el descortezar los árboles ocasionaba grandes gastos y, por el otro, el precio del mercado de la quinina bajó enormemente; por lo que dejamos de cultivar más, ya que sólo los farmacéuticos de la capital estaban dispuestos a pagar un precio ventajoso

por la corteza, pero para suplir esa demanda bastaba con la cosecha de un sólo árbol para abastecer a todos durante varios años.

VII

El departamento de Alta Verapaz, sobre todo la ciudad de Cobán, a decir verdad, siempre impresionó favorablemente y dejó profunda huella en los viajeros cultos; en algunas ocasiones muchos de ellos se expresaron verbalmente en círculos reducidos elogiando las bondades del clima, la riqueza de la fauna, la vegetación exuberante, la fertilidad del suelo o sobre la apacible e inofensiva población; pero sólo muy pocos se vieron inducidos a publicar algo sobre sus observaciones y hacerlas accesibles a un público mayor. Tampoco deseo omitir a tales viajeros, que de una manera u otra supieron interceder a favor del país y de la ciudad, en tanto que hayan estado directa o indirectamente en contacto conmigo.

En noviembre de 1875 tuve la oportunidad de conocer en la capital a un trotamundos inglés muy amable, J. Boddam Whetham, quien había venido con el propósito de viajar por el país y de cruzarlo en dirección hacia el Atlántico. Lo invité a visitarme durante la travesía, lo que prometió hacer y cumplió. En el Doctor Berendt encontró a un consejero de gran valor, pues le trazó la ruta hacia Petén y le dio cartas de recomendación para sus amistades de allí. Whetham escribió y publicó al año siguiente una obra sobre sus experiencias bajo el título: *Across Central America*, en la que alaba la bella ubicación de Cobán con las siguientes palabras, algo exaltadas: "La ciudad misma resplandece como mármol sobre una base de esmeralda, tan blancas y puras son las iglesias y casas, tan verde la masa de verdor en que yacen".[9]

Esto lo convierte en testigo del progreso que debe haber causado la parte externa de la ciudad desde que el explorador francés Arthur Morelet entró cabalgando en ella proveniente de Petén, en agosto de 1847, atravesó la plaza y al llegar al extremo opuesto de la localidad sin descubrir ninguna casa, encontró un ladino que le aclaró que esa era la ciudad, que se escondía "a través de una vegetación impenetrable" y detrás de cercos de chichicaste, que en ese tiempo bordeaban todas las calles. Después de eso se pudo convencer que

9 En el original en inglés dice: "The town itself gleams like marble in an emerald setting, so white and pure are the churches and houses, so green the mass of verdure in which they lie".

existían jardines con flores preciosas, hasta de cafetales florecientes, entre los que se encontraban las casas cubiertas con techos de teja.[10]

Por lo demás, Morelet le hace justicia a la Verapaz, "la provincia más interesante de Guatemala", y a Cobán, "la mejor población de esta provincia desde el punto de vista de la historia natural", "un Eldorado para el ornitólogo",[11] se exaltó incluso a hablar de lindas muchachas, lo que, sin embargo, debe tomarse en cuenta por el contraste con las bellezas de Petén, pues se llegó a enamorar perdidamente de la hija de la casa donde se alojó, la primaveral dieciseisañera Juana, pero -como sostiene él- sólo platónicamente. A esta Juana la llegue a conocer todavía en la misma casa y la traté, pero en la persona arrugada de 40 años de aquel entonces ya no pude observar ni el asomo de los encantos que otrora entusiasmaron tanto al impresionable Morelet.

De igual manera, procedente de Petén, llegó un día inesperadamente un amigo de la Costa Grande, el Doctor en medicina Gustav Bernouilli. Después de un largo viaje lleno de privaciones, que hizo a pie para explorar la botánica, arribó a Cobán en medio de la estación lluviosa de 1877. La ciudad le pareció como un pequeño París, y en mi casa se pudo secar él y su colección, dormir entre sábanas en una cama que había echado de menos por largo tiempo y recuperarse de las fatigas soportadas, hasta que se consiguieron las bestias y los cargadores necesarios para que continuara su viaje.

Cuando estuvo en Flores visitó las ruinas de Tikal y me describió las maravillosas esculturas en madera que encontró en los templos y que sacó en gran parte, pero no los pudo traer, porque el peso de la madera de chico-zapote en que estaban trabajadas, era excesivo. Se trazó el plan de reclutar gente y de enviarla para cortar tales dinteles de manera que sólo quedara el lado esculpido con las imágenes en el grosor de una tabla, lo que sería fácil de transportar. Asimismo, me convenció de equipar una expedición para este fin y de enviarla, lo que hice en interés por la investigación etnológica. El transporte se logró empleando grandes esfuerzos y cuantiosos gastos; las piezas llegaron a Cobán, las despaché a Hamburgo, de allí fueron enviadas a Basilea, donde finalmente encontraron su colocación en el Museo Etnológico, entre las piezas más grandes y valiosas.

10 *Voyage dans l'Amérique Centrale*, II, p. 144. El texto sobre Cobán y Verapaz aparece en las págs. 258-261 de la edición hecha por esta Academia. Colección Viajeros 2, Guatemala, 1990.

11 *Op. cit.* pp. 261/262.

Otro médico suizo, el Doctor Otto Stoll, que practicó varios años en Antigua y por último en la capital, también fue colaborador de la biología y amigo mío. En abril de 1883 me visitó y permaneció en mi casa por cinco días, durante los que se dedicó afanosa y tenazmente al aprendizaje del idioma kekchí, después que inmediatamente poco antes realizara lo mismo en Tactic con el pocomchí. En su libro *Guatemala* (Leipzig 1886, p. 356), relata su estadía en Alta Verapaz y la elogia como la parte del país que más le gustó, a la vez señala que la permanencia en mi casa fue la más placentera de toda su estancia en Guatemala. Sus observaciones de ese entonces sobre la estimación de costos para la operación de una plantación de café son, al igual que las de Boddam Whetham, anticuadas, y en la actualidad no ofrecen puntos de referencia confiables. Stoll regresó todavía el mismo año a Europa y actualmente reside en Zürich, como Profesor de la Universidad; en 1911 lo fui a visitar para saludarlo.

En el verano de 1876 mi hermano emprendió un viaje a Europa y durante el mismo visitó la exposición de Filadelfia, donde lo buscó el señor Edwin Rockstroh, reportero de un periódico de Sajonia. El Doctor Berendt le había dado cartas de recomendación, así como información sobre Guatemala, lo que inspiró a Rockstroh a viajar hacia acá después de terminar su encargo en Estados Unidos y de hacer colecciones zoológicas, con cuyo producto esperaba poder cubrir sus gastos de viaje. A fines de año llegó a Cobán y, con base en la presentación en Filadelfia, se quedó primero tres meses como huésped en la casa de mi hermano, durante los que llegó al convencimiento de que con la labor de coleccionista no se podía hacer ningún negocio, por lo que luego se esforzó en buscar una ocupación más lucrativa.

Como era maestro de profesión, conocedor de idiomas y multifacético, por medio de la influencia de nuestros amigos en la capital logramos conseguirle una colocación en el Instituto Nacional. Como profesor destacó de manera tan excepcional, que en corto tiempo el gobierno lo ascendió a director de dicho establecimiento. Rockstroh supo ganarse la confianza del Ministro de Instrucción Pública, quien con frecuencia le encargó misiones especiales (como por ejemplo, dirigir una expedición enviada a la Laguna de Ilopango para explorar la erupción del volcán). En 1882 lo nombró miembro y segundo jefe de la comisión encargada de arreglar definitivamente la frontera entre Guatemala y México.

Para esta tarea le vinieron muy a propósito los diferentes viajes que había realizado en años precedentes durante las vacaciones escolares a las zonas

poco conocidas de Petén ubicadas al norte de la Verapaz, en las que Cobán le sirvió cada vez como base para hacer sus preparativos. De esta manera tuvo la oportunidad de visitar varias veces el lugar tan querido para Rockstroh, en donde era un huésped bienvenido en la colonia.

En uno de esos viajes, en 1881, Rockstroh llegó a conocer las ruinas de Menché, situadas a orillas del Río de la Pasión, probablemente fue el primer blanco que pusiera los pies en ellas. En el transcurso de varios años, en los que realizó trabajos extremadamente incómodos y llenos de privaciones con la Comisión de Fronteras, contrajo una grave enfermedad, que paulatinamente lo paralizó parcialmente; el pequeño capital que había logrado ahorrar lo invirtió en la finca *La Cartuchera*, cerca de Gualán, del señor Samuel Ascoli, pero cuando ya no la pudo dirigir personalmente, tuvo que vender su parte; en lo sucesivo vivió de su capital, que consumió poco a poco. Cuando la parálisis lo incapacitó para el trabajo y lo convirtió en un inválido, su amigo el Doctor Luis Lazo Arriaga, lo acogió en su casa y le otorgó un cuidado leal y afectuoso hasta su muerte.

La primera aparición en la Verapaz del investigador inglés de los mayas, Alfred P. Maudslay, conocido mío de San José, tuvo lugar en marzo de 1881, en que llegó a mi casa después de una estadía de dos meses y medio en las ruinas de Quiriguá; a ésta sucedieron otras visitas en el transcurso de los años que lo pusieron en contacto con el departamento. Después de que me inició en sus planes, me empeñé en fomentarlos con todas mis fuerzas; esto se hizo mediante el enganche, equipamiento y aprovisionamiento de los asistentes y cargadores, tanto en la primera como en todas las siguientes oportunidades. Entre las personas que empleé permanentemente como cazadores y que había instruido para las colecciones zoológicas y puesto a prueba durante largo tiempo, figuraban los hermanos Gorgonio y Carlos López, provenientes de Cahabón, dos hombres modestos, muy honrados y de buen corazón, los más inteligentes y confiables; éstos le proporcioné a Maudslay como acompañantes y conocedores de la lengua, cuando continuó su viaje a Petén a principios de abril. Ambos le hicieron tanta honra a mi recomendación que Maudslay ya no quiso realizar ninguna expedición posterior sin ellos; en el libro *A Glimpse at Guatemala*, que publicó junto con su esposa, en Londres, en 1899, y que adornó con preciosas ilustraciones conforme a sus propias tomas fotográficas, los elogia y reconoce repetidamente por su lealtad; ellos a su vez le recompensaron su trato siempre bondadoso con una devoción francamente ciega.

Motivado por los informes orales de Rockstroh, Maudslay realizó al año siguiente, 1882, una expedición a Menché, a donde le siguió el francés Désiré Charnay, lo cual describe en su libro publicado en París en 1884, *The Ancient Cities of the New World*. En el año 1887 realizó otra expedición, que le permitió visitar las ruinas de Rabinal; después viajó a la colonia de Belice pasando por Cahabón, lugar al que le dedica una interesante descripción con una ilustración. Reproduce ilustraciones de Cobán de la iglesia y el Calvario, un cuadro encantador de la vida en la plaza como se desarrollaba entonces, cuando uno todavía salía de apuros pagando con granos de cacao en vez de sencillo, la docena de huevos valía un real y compraba ocasionalmente monos asados.

A su esposa le encargó relatar las impresiones que le causaron la ciudad y sus visitantes, pues ella quería descansar una semana en la hospitalaria casa de los Thomae y recuperarse de los esfuerzos y privaciones de la estadía de varios meses en las ruinas de Cobán, así como de las fatigas por el desvío hacia Los Altos. De la colonia extranjera, ella dice que sus miembros gozan de un clima magnífico "en el que sus hijos de mejillas rosadas se pueden recrear en salud y fuerza, y donde se encuentran todas las comodidades inherentes a una vida medio europea y medio tropical",[12] y que son casi exclusivamente alemanes, cuyas "industrias y previsión han traído una importancia comercial considerable al distrito".[13] No hay hoteles en la ciudad, "pero la hospitalidad de los residentes extranjeros es proverbial".[14]

VIII

Antes que nuestro último hijo alcanzara la edad de cuatro semanas, mi esposa se sentía lo suficientemente repuesta como para emprender, en mayo de 1880, un viaje a Europa conmigo y los tres hijos mayores. Al pequeño lo dejamos con una nodriza saludable, bajo la tutela fiel y concienzuda de la señora Kölling; el compadre, General Molina, prometió supervisar el desarrollo de su ahijado; Molina cumplió con su palabra, sólo porque con eso podía combinar a la vez lo útil con lo agradable, o sea cortejar a la señorita Luisa.

Al arribar a Panzós, nos regocijamos con un telegrama del señor Thomae, en el que nos participaba el feliz nacimiento de un hijo robusto, Carlos. La misma noche llegaron de Senahú los señores Bird y Champney, quienes se unieron a nosotros a la mañana siguiente en la prosecución del viaje, río abajo, en un lanchón descubierto y fuertemente cargado con sacos de café. El paseo se volvió peligroso, pues tuvimos que pasar la noche en la desembocadura del Polochic hacia el Lago de Izabal.

A la mañana siguiente sobrevino un fuerte oleaje, que hacía imposible alcanzar Izabal. Nos bajamos a tierra lo más pronto posible y caminamos a pie a lo largo de la orilla del lago. Gracias a la amable ayuda de los dos jóvenes estadounidenses, que se turnaron en llevar a los niños sobre sus espaldas, teniendo que cruzar numerosos riachuelos, todavía logramos llegar por la tarde al pueblecito, donde nos recuperamos rápidamente en la casa de nuestro corresponsal Don Cristóbal González (los señores Bailey habían fallecido unos años atrás) del gran esfuerzo realizado bajo el calor del sol ardiente. El que mi esposa no tuviera que sufrir de ningún modo por las consecuencias de dicha travesía se debió únicamente a su excelente constitución y a su admirable valor.

Continuamos a Belice, de allí a Nueva Orleáns, en el vapor "Wanderer", luego en tren a Niagara Falls, Albany, New York y, finalmente, en el vapor del Lloyd "Habsburg" a Southampton. El viaje transcurrió sin dificultades y terminó en casa de mi suegra, en Penge, cerca de Londres.

A principios de enero de 1881 retornamos sanos y salvos a Cobán. En marzo del mismo año enfermó mi hermano de angina pectoris, una dolencia de la que (siguiendo el consejo del Doctor Mayorga) esperaba restablecerse en Lívingston, con su clima cálido y con la ayuda de la brisa marítima. Su estado de salud mejoró tanto, que se construyó allí una casa para poder pasar repetidas veces temporadas de cura en ese lugar. Pero apenas retornaba a Cobán, le volvían los ataques tan dolorosos; eso le ocurrió después de varios intentos, hasta que consultó a un buen médico estadounidense, quien lo convenció de que era imposible curarse de su enfermedad en el clima de Cobán. Después de esto se vio obligado a cambiar definitivamente su lugar de residencia, ante lo cual decidió trasladarse a Lívingston, lo que hizo el 15 de marzo de 1882, después de haberse separado previamente de la empresa.

12 En el original en inglés dice: "in which their rosy cheeked children can be recred in health and strength, and all the comforts which pertain to a life half European and half tropical are found".

13 En el original en inglés dice: "industry and foresight has brought considerable comercial importance to the district".

14 En el original en inglés dice: "but the hospitality of the foreign residents is proverbial".

La importancia de Livingston como puerto marítimo para la Verapaz y Cobán creció fundamentalmente como consecuencia natural del ya iniciado tráfico de vapores de carga y correo de Nueva Orleáns, tanto más cuando aumentó el número de plantaciones de café y su producción, así como las importaciones de mercancías, de manera que la utilización de Izabal como estación intermedia para el transbordo de todos los bienes se hacía sentir incómoda e innecesaria e hizo ver la urgencia de una comunicación directa con Panzós.

En consecuencia, en la última semana de febrero de 1880 los estadounidenses John T. Anderson y William Owen presentaron a los comerciantes de Cobán y a los caficultores un proyecto para establecer dicha comunicación, con un vapor de río adecuado, la cual recibió una pronta acogida. Anderson y Owen exigieron a los interesados la promesa de todos los fletes, a cambio ofrecieron un transporte rápido y seguro por conocimientos de embarque con tarifas moderadas. Sobre esta base se llegó a un acuerdo. En Cincinnati (Ohio) encargaron un vapor con rueda de popa, con 110 pies de largo y 24 de ancho, una capacidad de 50 toneladas de carga, cuyo calado debía alcanzar sólo 26 pulgadas de profundidad. El vaporcito se llamó "La Esperanza" y arribó a Izabal con sus dos propietarios el 7 de diciembre de 1881, después de una tormentosa y peligrosa travesía por el Golfo de México. Al día siguiente llegó a Panzós.

Mi hermano se había embarcado en Livingston en el vaporcito, con lo cual fue el primer pasajero en hacer el viaje. Nos contó que el barco podía llevar una carga de 800 sacos de café y que el viaje de ida y vuelta Panzós-Livingston lo podía realizar cómodamente dos veces por semana. En esa ocasión ya se transportaron mercancías; la navegación río abajo duraba sólo seis horas hasta Izabal, con 759 sacos de café. Sin embargo, la cosa no fue siempre tan fácil, porque al avanzar la temporada seca el descenso del nivel del agua hacía dificultosa la navegación; surgían al paso bancos de arena, en los que el vapor solía encallar con frecuencia.

Así me ocurrió en febrero de 1882, cuando cabalgué hacia Panzós para conocer "La Esperanza", tuve que esperar su llegada tres días, pues demoró ese tiempo para pasar la barra del Río Cahabón. Aunque el barco no estaba lejos, pues podía oír su silbato, estuve a punto de no esperar más y envié a mis cargadores con el equipaje y el catre a la estación anterior; sin embargo, antes de partir, ya venía el vapor. Antes de que hubiera terminado con el reconocimiento, apareció Maudslay en un cayuco, quien también lo había

esperado conmigo. Aceptamos la invitación de Owen y pasamos la noche a bordo, en los camarotes para pasajeros lindamente amueblados, dormimos en magníficas camas, protegidos por buenos mosquiteros y nos ofrecieron comida deliciosa.

Mi hermano trasladó poco después, en marzo, a su familia a Livingston, y todavía encontró aguas poco profundas en el río. A él le tocó hacer el recorrido de Panzós a Izabal en siete días, desde luego la carga a bordo era muy grande: 1,800 quintales de café; por lo que la lancha se quedaba atascada en algunos lugares donde siempre había pasado fácilmente.

"La Esperanza" tuvo una vida corta, en julio de 1883 se fue a pique por una fuerte tormenta en el Lago de Izabal con una carga de 1,300 sacos de café, que no obstante -excepto una partida perteneciente a Don Emilio Goubaud-, estaban asegurados por una póliza abierta a partir de Panzós. La tripulación y los pasajeros se salvaron; entre éstos se encontraba la hija menor de mi hermano, Carlota Mercedes, que a su partida había quedado bajo el cuidado de nuestro fiel mayordomo Miguel Reyes.

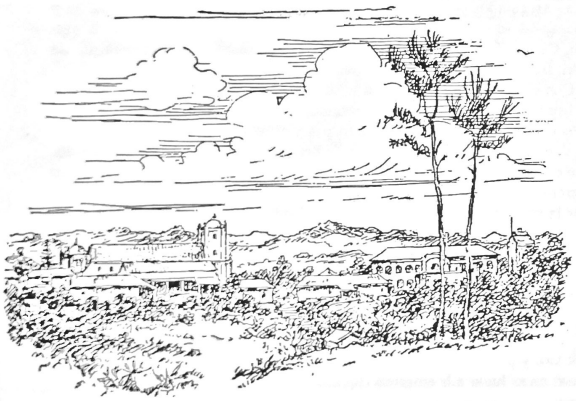
Con el transcurso de los años la situación del país se tornó difícil; la disputa fronteriza con México, que amenazaba llevar a una ruptura, exigía preparativos costosos. El movimiento de tropas y el reclutamiento general de hombres, con la consiguiente sustracción de brazos al trabajo en las fincas, producía un efecto terriblemente deprimente en amplios sectores. La agricultura y el comercio sufrían de todas maneras por la baja en los precios del café; en todas partes la gente empezaba a tener miedo y temía crecientes dificultades de naturaleza comercial, aunque menos en la Verapaz, donde la importación de mercancías todavía estaba predominantemente orientada a las necesidades de los indígenas, a diferencia de la capital; allí ya imperaban situaciones turbias y críticas, y paulatinamente empezaron a tambalearse varias firmas importantes de antiguo arraigo.

Con motivo de la separación del señor Lehnhoff de la empresa Hockmeyer & Co. y por mediación del Ministro alemán, Werner von Bergen, decidí ingresar en su lugar a la empresa Hockmeyer & Co. tras meditarlo largamente y después que el señor Thomae estaba dispuesto a hacerse cargo de mi negocio en Cobán, el cual continuó existiendo más adelante bajo el nombre de Mauricio Thomae, en vez de Sarg Hnos.

El 1 de agosto de 1883 dejé Cobán, lugar donde viví 10 largos años feliz y sano, para trasladarme a la capital en compañía de mi familia. Nuestro amable compadre, el General Molina, nos alegró la noche anterior con una sere-

nata. Para la despedida, la banda de la ciudad entrenó especialmente la pieza "Amor secreto", escrita y donada por la señora Thomae. Nuestra partida estuvo acompañada de una gran afluencia de extranjeros y nacionales, y poco antes de Santa Cruz nos salió al encuentro casi todo San Cristóbal, se nos unió y cabalgó dos horas de camino con nosotros hasta Tactic. Nuestro viaje se vio favorecido por un tiempo seco precioso; mis damas, sin embargo, estaban bastante cansadas y desolladas cuando arribamos a la capital, el 4 de agosto a las cinco de la tarde.

Con esto terminaron realmente mis relaciones con Alta Verapaz; después ya sólo llegué una vez más a visitar a los amigos, en 1885, cuando fui ascendido a Cónsul Imperial en Guatemala. Para Cobán he guardado un cariño fiel y cálido hasta el día de hoy, lo mismo que para mi esposa.



Cobán, Alta Verapaz. Dibujo reproducido de *Deutschtum in der Alta Verapaz. Erinnerungen* (Stuttgart: Deutsche Verlagsanstalt, 1938), p. 24